

Huidobro y Neruda: final

EDUARDO ANGUITA*

A estas alturas, y estando los dos protagonistas de una querrela literaria ya muertos, quiero hacer algo por que se sepa cómo terminó la disputa entre los poetas chilenos de mayor gravitación en la lírica hispana.

Dejo, pues, expresamente fuera cómo comenzó, cómo se desarrolló y cuánto de malentendido e indignación vanos emanaron de tan corrosiva coyuntura. Hasta en España misma, que estaba en guerra civil, Huidobro y Neruda lograron dividir a los escritores peninsulares y extranjeros que batallaban por la misma causa. No fue la causa política la que los dividió, fue la querrela Huidobro-Neruda, de origen literario, y que, al parecer, inició Huidobro entre los años 33 y 35. Pero de esto no voy a hablar; quiero poner esta nota al servicio de la conciliación -y con mayor empeño por ser póstuma- entre nuestros dos excepcionales poetas.

El primer paso hacia “el armisticio” cuentan que lo dio Huidobro poco antes de morir; debe haber sido por el año 47, ya que falleció el 2 de enero del 48. Parece que Neruda se negó a la reconciliación. Pero en 1968 publicó en la revista *Ercilla* del 7 de febrero una conmovedora “Búsqueda de Vicente Huidobro”, entre cuyas líneas sobresalen muchas que es conveniente

*EDUARDO ANGUITA. Poeta, Premio Nacional de Literatura.

reproducir aquí: "...Lo que más me sorprende en su obra releída es su diafanidad. Este poeta literario que siguió todas las modas de una época enmarañada y que se propuso desoír la solemnidad de la naturaleza, deja pasar a través de su poesía un constante canto de agua, un rumor de aire y hojas y una grave humanidad que se apodera por completo de sus penúltimos y últimos poemas. Desde los encantadores artificios de su poesía afrancesada hasta las poderosas fuerzas de sus versos fundamentales, hay en Huidobro la lucha entre el juego y el fuego, entre la evasión y la inmolación (...). Considero a Huidobro como un poeta clásico de nuestro idioma, y nos embarga esta corriente inacabable de claridad. No hay poesía tan clara como la poesía de Vicente Huidobro (...). Mucho nos debe preocupar que un poeta de su dimensión y de su calidad se afirme en el patrimonio nacional. Yo he propuesto un monumento para él, junto a Rubén Darío, pero nuestros gobiernos son parcos en erigir estatuas a los creadores y pródigos en monumentos sin sentido".

Pero lo más notable es el final de esta querella: la reconciliación sin reserva. Es doblemente póstuma, pues aparece a 26 años de muerto Huidobro y a un año de fallecido Neruda. Este debe haber escrito lo que escribió, probablemente ya en su lecho de enfermo. Se titula "Vicente Huidobro" y apareció como prólogo póstumo a una edición de textos franceses de Huidobro que recopiló el poeta belga Fernand Verhesen (*Le citoyen de l'oubli: El ciudadano del olvido* y otros textos de Huidobro. (Editions Saint-Germain des Prés, París, 1974).

Dice así este prólogo que será memorable en la historia de la poesía chilena. Al fin vemos reunidos a los amigos que tan desatentadamente oficiaron de contendores.

VICENTE HUIDOBRO

"Ver a Vicente Huidobro desde Bruselas, con Plaza Mayor, con Santa Gudula, entre el herbario de la poesía francesa y flamenca, es otra cosa que verlo desde Chile, su patria antártica, aislada de todos los mundos por cordilleras y océanos. Para ustedes Huidobro es parte del follaje, del crecimiento. Para nosotros, chilenos, Huidobro es acercamiento, relación, viaje. Huidobro, como Rubén Darío antes, es un importador de tendencias, de construcciones, de fragancias compuestas en el fuego central de la Europa

de la Primera Guerra Mundial. Apollinaire, Juan Gris y el cubismo, el Ballet Ruso, desatan una nueva rosa de los vientos y nuestro Huidobro es el primer americano que mira adónde va la flecha, siente crecer la rosa en sus propias manos. No digo en su corazón: Huidobro es un artesano, arquitecto del castillo en el aire, orfebre empeñado en la alquimia. Su mundo mágico tiene la insistencia y el movimiento de una repetición manual: su destreza es la del maravilloso malabarista: sus relámpagos son producidos por un ejercicio voltaico nunca interrumpido. Rubén Darío, sin dejar de ser un americano fundamental, un indio melancólico, nos abrió las puertas del gran modernismo: trajo a América la suave ceniza de Verlaine y alcanzó a enfrentarnos al coloquio de Laforgue y al aullido de Lautréamont. Vicente Huidobro se saturó de la elegancia cubista y alcanzó a divisar, dentro de su humanismo interplanetario, la cabellera surrealista que iba a flotar hasta ahora sobre el océano Atlántico, como las algas flotadoras (...). Parte considerable de esta voz, de este luminoso castillo levantado en nuestras soledades, es el canto creador, inventivo, juguetero y fantástico de Vicente Huidobro. Este juego sostenido, que como un surtidor al parecer inagotable alza en su torre de cristal un círculo de esplendor y de alegría, es la obra del poeta chileno que es hoy honrado por la antigua y nueva cultura de Bélgica en esta edición. Con placer y con honor he escrito estas palabras para festejar este acontecimiento, agradecerlo a los poetas belgas, y saludar la memoria de mi compañero desaparecido cuando se levanta, esta vez muy lejos de Chile, el resplandor de su poesía” (Pablo Neruda).

Noble y ejemplar final, que ahora, con seguridad a todos los chilenos, y más a los escritores, nos debe llenar de emoción y pureza.